

policía, desarrolló su capacidad, su competencia. Todos esos policías que tú ves en países como Chile y en todas partes que pretenden reprimir la oposición revolucionaria se basan principalmente en la represión, en la violencia, en las torturas y en la colaboración de unos pocos individuos pagados.

La situación nuestra es diferente: se basa en la colaboración de todo el pueblo y de una policía inteligente que, como no usa métodos violentos, tiene que desarrollar la técnica de la investigación, y realmente nuestra arma fue la penetración.

Yo te hablé de que se llegaron a organizar trescientas organizaciones contrarrevolucionarias, cientos de ellas. Al final, nuestra gente eran los jefes de casi todas las organizaciones contrarrevolucionarias. Por la penetración lo sabíamos todo. Incluso un individuo era arrestado y nosotros sabíamos más que él. Nosotros le preguntábamos: «¿Qué tú hiciste el 17 de enero? ¿Con quién te reuniste?» Ya él no se acordaba bien; pero nosotros sabíamos con quién se había reunido el 17 de enero y qué es lo que había hecho.

¿Qué ocurría con estos contrarrevolucionarios cuando eran arrestados? Ante la información precisa, exacta, que tenía la policía, en general se desmoralizaban, informaban; porque siempre el prisionero entra en un juego: a negar esto, a decir lo otro, y al final se encuentra que hay uno, dos o tres y terminan explicándolo todo. El gran éxito de nuestra policía fue desarrollar las técnicas de investigación y de penetración en las organizaciones enemigas. Esa fue la clave. Y, realmente, es muy eficiente y trabaja con la cooperación de todo el pueblo<sup>15</sup>.

Todo ello presupone presencia de coordenadas político-militares internas complejas en la Revolución. La vigilancia y la seguridad componen un binomio estratégico destacado al interior de la dinámica que adquiere la naciente lucha revolucionaria. A medida que ésta busca su consolidación la consecuencia lógica es legitimar también la emergencia de aparatos de Seguridad cuya finalidad es defender y proteger un proceso en marcha. La disidencia<sup>16</sup> es acallada por el riesgo de complicidad con Estados Unidos, que puede despertar el conflicto y determinadas formas de oposición y crítica pueden, según la Re-

<sup>15</sup> Miná, Gianni: Habla Fidel, p. 337.

<sup>16</sup> No nos referimos a aquella oposición armada claramente promovida por la CIA a través de una infinidad de grupos anticastristas en la isla, sino a la expresada a raíz de una posición ideológica, traducida en una práctica, que busca corregir el camino que toma el proceso Revolucionario a partir de la presencia del «comunismo» en el ejército rebelde cuyo contenido es espúreo —y amenazante— en una Revolución que no cuenta con él. Disidencia, pues, involucrada en la marcha revolucionaria, como los casos, por ejemplo,

de Arcos y Matos, según plantea el periodista Miná a Castro, cf. Habla Fidel, p. 61-67. Mires por su parte afirma: «La "cuestión de los comunistas" ni hizo sino acelerar la desintegración del Movimiento 26 de julio. El hecho que provocó la ruptura definitiva fue el movimiento que pretendió encabezar Hubert Matos en el interior del ejército mismo. Matos, una prestigiosa figura guerrillera, dimitió el 19 de octubre de 1959, protestando principalmente por el nombramiento de Raúl Castro como ministro de las Fuerzas Armadas. Catorce oficiales dimitieron junto a Matos. Con la re-

nuncia de Matos a su jefatura en Camagüey, en la que puso en juego todo su prestigio ganado en la guerra contra Batista, probablemente con la débil esperanza de provocar una división en el propio ejército, se alinearon definitivamente los frentes. Castro hizo arrestar a Matos por tropas comandadas por Camilo Cienfuegos y luego lo aplastó políticamente llamando a una gigantista concentración de masas donde se gritó en favor de la ejecución del antiguo combatiente. Matos no fue ejecutado, pero sí fue condenado a largos años de prisión. El nuevo poder se fue configurando como una

suerte de encuentro entre parte de la dirección del ejército rebelde y los comunistas. Este encuentro tuvo lugar en el interior de un frente de transición denominado Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI)» Cf. Mires, Fernando: La Rebelión Permanente. Las revoluciones sociales en América Latina, p. 326. Véase además: Y la luz se hizo. Declaraciones del comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el juicio contra el ex comandante Hubert Matos, 14 de diciembre de 1959, Cooperativa Obrera de Publicidad, La Habana, Cuba.

volución, socavar las bases nacientes del alumbramiento guerrillero. A todo ello se suma la guerrilla armada anticastrista en la Sierra de Escambray que, en palabras de Fidel a Szulc, no concluye hasta 1966. Con todo, Szulc estima que ya a fines de 1961 hay en Cuba implantado un determinado control político, subrayando el propio Castro en su discurso del 26 de julio de este año que «ésta es una lucha a vida o muerte que sólo puede terminar con la muerte y la destrucción de la Revolución o de la contrarrevolución»<sup>17</sup>.

Esta situación política inédita, fruto de una mecánica militar específica —cuyo acicate ha sido (y es hasta ese momento) la consolidación en el poder de una práctica castrense al servicio de la construcción de un Estado nuevo— va permitiendo el nacimiento de una determinada política ideológica en el país. Incluso comienza a verse justificada para sancionar sin mayores deliberaciones a detractores y críticos que causen confusión dentro de la marcha revolucionaria que emprende Cuba. Esa política también comienza a incidir desde 1960 en la cultura y en el mundo intelectual cubano.

A partir de comentarios de Szulc se puede ver cómo resuelve Castro el conflicto creado entre la Revolución y los intelectuales. Indicando de qué forma se va perdiendo la libertad cultural existente en los primeros momentos de la Revolución, al discriminarse unos determinados criterios artístico-culturales en la producción intelectual cubana, Szulc añade que todo fue decisivo «en la sala de conferencias de la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, a lo largo de tres sábados sucesivos en junio de 1961»<sup>18</sup>.

En estas jornadas se discute el quehacer creativo de los intelectuales cubanos involucrados en el nuevo proceso que vive la isla. Ya creado el Consejo Nacional de la Cultura, y a raíz de una de esas jornadas, se desatan opiniones conflictivas a propósito de una determinada publicación. Szulc dice que las cosas se desencadenaron por

el disgusto de Fidel Castro y Edith García Buchaca, directora del Consejo y miembro destacada del Partido Comunista, respecto al suplemento literario semanal del periódico *Revolución* que era todavía órgano oficial del Movimiento 26 de julio de Fidel. Publicado los lunes y denominado *Lunes de la Revolución*, se había iniciado en marzo del 59 y era, probablemente, la mejor y más interesante publicación literaria de Latinoamérica. Su problema, sin embargo, quedó definido en su primer editorial, al manifestar que, si bien la revolución había roto «todas las barreras del pasado», el *Lunes* no tiene «una filosofía política concreta, aunque no rechazamos ciertos sistemas (tales como) el materialismo dialéctico, el psicoanálisis y el existencialismo». Por tanto el *Lunes* publicaba lo que sus editores (que eran escritores de talla, la mayoría de los cuales habían vivido en el extranjero durante la época de Batista) consideraban interesante, y cubría toda una gama, desde los diarios de guerra de Raúl Castro y Che Guevara hasta artículos sobre Marx y Lenin (que molestaban a los fidelistas moderados), Trostki y Dijilas (que molestaban a los comunistas), Proust, Chejov, Hemingway y los escritores «beatniks» norteamericanos. Al principio, a nadie parecía importarle, y de vez en cuando Fidel se dejaba caer en la redacción del *Lunes*, bien entrada la noche, para tomar un café con leche. En cierta ocasión llegó acompañado de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Esta era todavía la fase romántica, y Fidel disfrutaba mostrándose como un intelectual bohemio (...) En la Biblioteca Nacional, Castro escuchó pacientemente dos sábados los prolongados debates entre escritores y artistas sobre el significado de la libertad cultural bajo la Revolución, y las sesiones cobraron mayor calor cuando unos pocos escritores deseosos de ganarse el favor de Fidel acusaron, en presencia de éste, a algunos de sus mejores amigos de ser «contrarrevolucionarios». El tercer sábado, 30 de junio, Fidel Castro expuso la ley intelectual y cultural de la Revolución, en uno de sus discursos más importantes, *Palabras a los intelectuales*, que duró dos horas<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Szulc, *Tad*: Ob. cit. p. 642.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 643.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 644-45. Cabe aquí señalar las opiniones y consideraciones críticas de F. Castro sobre C. Franqui, director del *Lunes* de la Revolución, confesadas a Miná en el capítulo titulado «Dos historias controvertidas», del libro *Habla Fidel* pp. 223-32. Las situaciones personales y el contexto político resultan ilustrativas para decidir el destino de ciertas iniciativas intelectuales.

De este discurso reproducimos partes destacadas:

El problema que aquí se ha estado discutiendo y vamos a abordar es el problema de la libertad de los escritores y de los artistas para expresarse. El temor que aquí ha inquietado es si la Revolución va a ahogar esa libertad; es si la Revolución va a sofocar el espíritu creador de los escritores y de los artistas (...) Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de algunos es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser. ¿Dónde puede estar la razón de ser de esa preocupación? Sólo puede preocuparse verdaderamente por este problema quien no esté seguro de sus convicciones revolucionarias (...) Porque el revolucionario pone algo por encima aún de su propio espíritu creador; pone la Revolución por encima de todo lo demás y el artista más revolucionario sería aquél que estuviera dispuesto hasta a sacrificar su propia vocación artística por la Revolución. (...) Pero aquí habló un escritor católico. Planteó lo que a él le preocupaba y lo dijo con toda claridad. Él preguntó con toda franqueza si dentro de un régimen revolucionario él podía expresarse de acuerdo con esos sentimientos. Lo que a él le preocupaba era saber si podía escribir de acuerdo con esos sentimientos o de acuerdo con esa ideología que no era precisamente la ideología de la Revolución (...) La Revolución tiene que comprender esa realidad y, por tanto, debe actuar de manera que todo ese sector de artistas e intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios encuentre dentro de la Revolución un campo donde trabajar y crear (...) Y esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir...<sup>20</sup>

Salvador Bueno, en 1986, interpreta en los siguientes términos el contexto donde son formuladas las *Palabras a los intelectuales*. Dejamos que el texto hable por sí mismo. Sin embargo advertimos parcialidades en su pensamiento. Especialmente cuando son mencionados los «presupuestos conceptuales». En realidad los límites del planteamiento impuesto por Bueno aquí son tan relativos como aquellos que él denuncia en el «liberalismo burgués». Este autor dice:

Los dos años iniciales de la Revolución en los círculos intelectuales, literarios y artísticos se caracterizan por un ambiente de confusión y ambigüedad causado por la misma ambigüedad y confusión existentes en la mente de muchos autores quienes, identificados con la lucha contra la dictadura batistiana, no advertían los presupuestos conceptuales a partir de los cuales debían emprender los senderos de un arte nuevo, de una nueva literatura, acordes con los objetivos revolucionarios. Su identificación con la rebelión victoriosa estaba basada, casi exclusivamente, en motivos éticos: querían que desapareciera la corrupción que prevaleció durante la república neocolonial que se exacerbó en los años de la tiranía junto con la sangrienta represión del movimiento popular que halló su camino más certero en la lucha guerrillera encabezada por Fidel Castro y sus heroicos compañeros. En líneas generales podría decir que la actitud de muchos intelectuales se apoyaba en un liberalismo burgués, sin ir más allá de sus limitaciones. Por eso en algunos creadores se suscitó con inquietante zozobra el problema de la libertad en la creación artística y literaria aprovechado y atizado por aquellos que, en definitiva, se ubicarían contra la Revolución<sup>21</sup>.

A continuación señala que tales *Palabras* constituyen «la primera exposición de la política cultural de la Revolución cubana, documento en el que quedó plasmado el amplio espíritu de libertad de creación y expresión que sería norma constante del Gobierno revolucionario»<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Castro, Fidel: «Palabras a los intelectuales». Ediciones del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1961, pp. 7-8, 10-11.

<sup>21</sup> Bueno, Salvador: Acerca de «Palabras a los Intelectuales». *La Nueva Gaceta (Cuba)* número 8 (1986) p. 20.

<sup>22</sup> Bueno, Salvador: art. cit.